

LOS DESORIENTADOS

JORNADA III: LA JAULA

(Fragmento)

a F. J. SOLERO, amigo

Se echó en la cama y se tapó con la frazada que le llegaba hasta la barbilla. Escupió varias veces y después, con la punta de los dedos, se quitó una pelusa de la lengua. "En ese momento hay tres cositas de las que llaman fundamentales que me dan vueltas en la cabeza, me parece que en forma circular y con un ritmo especial y que por ahora no varía. Estupendo. Sería lamentable que se rompieran los círculos y empezaran los rombos y los triángulos, porque a ésos no los puedo manejar, y es muy peligroso, sobre todo que es bastante fácil que se formen los triángulos: los ángulos serían perfectos: examen, huelga, diez centavos. Sería cuestión de que apareciera el centro exacto y que le naciera un eje y empezara a girar casi mejor que un círculo, con un ritmo de uno-dos-tres, uno-dos-tres. Sin duda que en cualquier momento puede empezar rompiendo el círculo definitivamente. ¿Puse el despertador? —la esfera estaba cortada por dos rayitas luminosas— diez y veinticinco igual un ángulo de ciento setenta grados. "¿Cuántas veces al día las agujas forman una línea recta?" Es una buena pregunta para una de esas audiciones que escucha el tipo de al lado. "¿Cuántas veces al día las agujas forman una línea recta o un ángulo de ciento ochenta grados?" Uno-dos-tres-cuatro-cinco-seis-siete-ocho nueve-diez-once-doce...

Entonces conocí a Andrés. Estaba en el último año del bachillerato, en ese año en que los muchachos se sienten dueños de todo, con unas absurdas ganas de estrujar las cosas, de jugar carreras para ver quién es el que hace la barbaridad más grande, la que asombre más a los otros, con una oscura furia, como si sintieran que la niñez está definitivamente liquidada, como si intuyeran de una manera casi animal que se les echa encima algo cuyos límites precisos desconocen y que supera el ritmo irresponsable de sus vidas, algo que sienten definitivamente inevitable, lanzado, que los tiene que alcanzar no saben si por detrás, por el costado o por delante, y se esfuerzan en gritar su inconsciencia,

su alegría que va sonando un poco ridícula, con sus gestos torpes, increíblemente desmañados, en su locuacidad que resulta hueca. Era la época en que nos imitábamos mutuamente en todo: en la ropa, en la manera de caminar, en las respuestas, en las palabras y en el vocabulario que usábamos, con una jerga propia, llena de sobreentendidos y alusiones. Una vez un chico empezó a decir "cotono" y todo el mundo lo adoptó, sirviendo igualmente para reírnos de un profesor ridículo como para designar alguna torpeza o una película de cine; y lo notable es que nos resultaba de una gracia refinada, algo de una exquisitez insólita que nos colocaba por encima y al margen de todos. También alguien, en alguna oportunidad, llevó una corbatita de moño con elástico y se la estiraba y la largaba de golpe contra el cuello almidonado haciendo un ruido seco. Todos quisimos tener una igual, o más larga o de un color más vivo, más llamativo, más absurda, que llamara más la atención. Una atención que solamente cubría el ámbito de la clase o, a lo sumo, del colegio, porque ya en la calle necesitábamos la compañía de todos, o de alguno por lo menos que se nos pareciera y que nos comprendiera y entendiera el significado de nuestros gestos y alusiones. La calle, la gente, lo de afuera nos era ajeno, estaba más allá de nuestro dominio; era una comarca que tenía unas leyes rígidas que no nos comprendían y que no se allanaban a nuestros deseos de hombres que dominaban un ámbito propio, cerrado, con sus leyes propias, con su idioma especial, con su jerarquía particular y su escala de valores construida por nuestros razonamientos retorcidos y arbitrarios. Otra vez, un chico bizco, que siempre se vestía de negro, quemó unos papeles en el fondo de la sala de química y me vino a llamar para que contemplara su obra de estupeña pirotecnia, con las mejillas ardientes, contento, con una exaltación incomprensible. El fuego llegaba hasta el techo, rojo, azul, con unas llamaradas impresionantes. Él me tironeó del saco. "¿Viste?", me dijo, "Yo te decía que era capaz de hacer un fuego así", y se reía en una forma que me asustó. Estaba loco de contento, lleno de orgullo por su fuego magnífico que daría que hablar durante mucho tiempo a los compañeros; sería el tipo admirado, el tipo capaz de hacer cualquier cosa: se sentía un hombre importante; era fuerte. Y así todo y siempre ese afán de imponer la personalidad o la simple presencia; por nada del mundo se hubiera aceptado pasar inadvertidos; inclusive teníamos que ser más bárbaros que los del año anterior, y al mismo tiempo poner a cubierto de cualquier intento de superación nuestro prestigio en el futuro. La ambición secreta de todos era que diez años después alguien dijera: "¿Se acuerdan de la camada

de 1945?" Y con gran admiración: "¡Qué tipos bárbaros que eran!"

La ropa, además de diferenciarnos del mundo por algún detalle especial y casi de iniciado, estaba supeditada a las modas del momento llevadas a su máxima exageración: unos pantalones increíblemente altos en la cintura o unos zapatos de una finura absurda o un saco de una longitud desmesurada, eran pináculo de hombría, de elegancia, de refinamiento, de sutil distinción que llegaba a la aberración de medir con una regla de dibujo para terminar con una enconada discusión sobre la longitud de una bocamanga o el ala de un sombrero. Había matices. La ropa también distinguía a la categoría social que oscuramente nos separaba y nos escalonaba formando grupos cerrados con sus características especialísimas o las parejas de chicos que parecían casi hermanos por su voz, sus maneras, su ropa, sus libros, su peinado, su letra. El término medio en todo correspondía a los que iban a seguir derecho: era el traje gris, azul o negro, pero las rayas y los cuadros estaban escrupulosamente desterrados; la medida de los moños, de los sombreros y de las bocamangas eran discretas; jamás se llegaba a lo exagerado. Casi casi era una especie de clasicismo; era el término medio por sobre todo, lo aceptado por la mayoría, incluso lo que más se veía afuera. Era una jerarquía media, una auténtica clase media en todo sentido: hijos de directores de escuela, de abogados, de médicos, de algún industrial o el hijo de algún acopiador de granos enriquecido y que constituían una especie de nadir o polo sur o mínima del termómetro. El extremo opuesto, vamos, el zenit, lo formaban uno o dos chicos de apellido conocido por todos, por todos acatados como arbitres, generalmente silenciosos en sus apreciaciones, que eran definitivas, que se sentían inapelables. Si eran dos o tres, formaban algo inaccesible, donde muy difícilmente se podía llegar, y donde se llegaba por una condición especialísima: el hijo de algún artista cuyo retrato apareciera en el diario o figurara en el diccionario Espasa, o alguno que escribiera muy bien o supiera mucha física, aunque fuera judío, o que tocara muy bien la flauta o fuera el poseedor de una novela pornográfica o acaso, una hermana conocida por todos y de reconocida belleza, o algún chico de familia inglesa que dominara el idioma o, quizá, alguno con un miembro famoso. Esas eran las únicas condiciones que permitían acceso a ese grupo que generalmente hablaba de polo o del yate o del auto o, también, de tangos de moda; porque ese círculo estrechísimo era de un estrechísimo nacionalismo: apellidos, abuelos, estancia, quinta, relaciones, Rosas, sección sociales y profundo desprecio por todo "lo gringo": ése era el

círculo de su problemática, de sus discusiones, de su mundo, de sus vidas y de sus necesidades.

Más abajo de este grupo que generalmente terminaba en la exposición rural de una forma u otra, estaba la complejísima escala de futuros abogados por padre o abuelo o tío; de médicos por influencias semejantes; un chico que dibujaba muy bien y a quien la mamá lo iba a esperar a la salida del colegio y que se decidió por arquitectura; otro cuyo padre era verdulero y que quería ser agrónomo; existía una gran mayoría que había superado a los que preferían derecho, eran los que iban a seguir ingeniería: en su mayor parte hijos de inmigrantes, de judíos, de italianos, algún inglés. No sé por qué los imaginaba a todos rubios. ¿Por qué se decidían esos chicos a seguir para toda la vida, indeclinablemente para siempre, tal o cual cosa? No sé. En la mayoría de los casos, por influencia de los padres, en forma inconsulta, que al final les resultaba a ellos mismos algo elegido, lo que siempre habían querido, lo que realmente les gustaría hacer toda su vida, todos los días de su vida. Alguno, sin duda, elegía realmente lo que le parecía que le gustaba, ya fuera porque sabía historia o le gustaba hacer dibujitos con el tiralíneas o porque en su casa creían que sabía mucha matemática o porque le gustaba repetir las recetas de los envoltorios de la farmacia o ¡qué sé yo! Todo era así; todo se decidía en la misma forma: por tanteos, por suposiciones más o menos acertadas o por vagas, vaguísimas simpatías. Y lo que se iba a hacer al año siguiente los hacía olvidar un poco de la responsabilidad; todos querían tener hecha su elección; ninguno dudaba un momento de que lo que inevitablemente tenía que hacer era recetar píldoras o venderlas o hacerlas toda la vida. No. Había que elegir; la duda hubiera sido incomprensible, ilegítima; hubiera sido como jugar con trampas. Pero no existía. Como ante la mujer con la que se iban a casar, la chica con la que salían los sábados al cine y los domingos iban a misa y a las tardes a bailar o al cine de nuevo. Estaban totalmente seguros, inflexibles en su seguridad aquellos que tenían una chica así, que estaban como predestinados a ella, definitivamente unidos, con una seriedad que era tozudez u otra forma de su constante necesidad de sentirse con respecto de hombres. Querían sentirse con todo elegido. Y hasta vivían en un mundo fantástico de ensueños forjados por el cine con sus colores bonitos y brillantes; con las revistas que tenían unos anuncios brillantes de aviones lujosos y plateados; y unos negros también brillantes que tocaban el clarinete; o unos helados chorreantes de crema con una fruta roja que los llenaba de algo inefable, incomprensible; una especie de mundo de vidriera, de ropas siempre bien planchadas y de artistas eternamente jóvenes y mi-

nuciosamente peinados. Y no era porque les gustaran las cosas brumosas o de contornos borrosos. No. El mundo de ellos y mío era perfectamente delimitado; pero necesaria e imprescindiblemente muy bien delimitado y medido: ningún París estaba fuera de lugar; y sabíamos perfectamente que Hollywood era Hollywood y que quedaba en California al oeste de los Estados Unidos y que el día tenía veinticuatro horas y no veinticinco y que los chicos se hacían entre dos. Era una especie de mundo de peluquería de lujo construido por una manicura y fotografiado por un lente supersónico. Tenía necesariamente que ser así: brillante y liso. Nada de alternativas ni de anfractuosidades ni de cosas no esperadas; todo a horario, en el lugar de siempre; que respondiera lo que solamente se esperaba y nada más y que nadie se fuera a venir con cosas raras o novedades porque era seguramente un tipo que se quería hacer el vivo. Cada uno valía de por sí, pero ninguno se diferenciaba del resto y había que ser como los imaginaban los demás.

Las jerarquías, las tablas de valores en las que encuadrábamos a ese mundo y al de afuera, que se superponía por un misterioso juego de síntesis, eran de una estructura muy especial. Tenía gran importancia el tema de conversación o la supuesta vocación de cada uno y la familia y el circulito al cual se pertenecía: si uno jugaba al polo, sin duda alguna que eso era lo más importante en el mundo. No lo más importante simplemente; era lo único que contaba: eran los petizos de polo, las canchas de polo, los tacos de polo, las revistas de polo, las tiendas que vendían artículos de polo y finalmente, algo así como un Padre Eterno o cima o cúpula o cosa semejante en importancia, estaban los jugadores de polo: sus vidas, sus caballos, sus handicaps y sus hijos y mujeres y sus comidas. Si alguno se ocupaba de jazz o de tango —que eran dos jerarquías bien diferenciadas, ajenas y hasta enemigas a muerte— todos sus intereses espirituales giraban alrededor de las letras y de las músicas, de los nombres de los directores de las orquestas y de los instrumentos que tocaban: porque dentro del jazz, por ejemplo, era algo que significaba un matiz sutilísimo preferir un clarinetista o un baterista. Lo mismo ocurría en el campo de la música auctóctona. De fútbol solamente se ocupaban las clases inferiores, vamos, los chicos del barrio o el que de chico había jugado en algún potrero o tenía a la mamá trabajando en una fábrica y ambicionaba ser dentista. Era la gleba.

Había diferencias entre mujeres y mujeres: la novia era algo especial y a quien se le rendía, al menos de palabra, un enorme respeto; los amigos no se atrevían a hablar de ella o

hacer alusiones. Algo muy parecido al respeto silencioso que se sentía por la madre, a quien jamás se la hubiera imaginado en una actitud común. Era un respeto callado con algo religioso, una cosa de que por una tácita convención no se hablaba, pero no por temor de algo, no; sino por una veneración que se exageraba conscientemente, para darle más jerarquía o para que adquiriera mayor importancia. Jamás se bailaba con la novia del compañero; hubiera sido algo monstruoso que se quisiera hablar por encima de él o se lo dejara de lado. Hubiera sido tan grave como insultar a la madre; algo que de hecho suponía la pelea hasta sacarse sangre; y de otra manera no se comprendía. Había —recuerdo— un idioma especial para aludir a ciertas cosas con las novias; algo que participaba de la liturgia y de la contraseña.

Se conocían las otras mujeres; ninguno hubiera confesado su no iniciación; pero ya no se alardeaba de haber tenido alguna enfermedad; al contrario, repugnaba un poco o se burlaban del que la hubiera padecido. El que tenía una dirección de alguna prostituta era un hombre importante y que gozaba de prestigio, un prestigio que no se acrecentaba con la cantidad sino con la calidad. Eran ciertos refinamientos. Había algunos que se ocupaban de concertar citas con todos los requisitos bien detallados y arreglados: precio, dirección, hora, medio de transportes y algún detalle de importancia. Si se llegaba a saber que alguno era virgen, al asombro y a la broma seguía el interés colectivo en su secreta iniciación; había una generosidad especial en esas ceremonias. Uno muy ducho —generalmente el dueño de alguna dirección— se ocupaba de todo, ejerciendo una especie de padrinazgo que lo llenaba de orgullo. Hasta se lo llevaba al neófito en un auto pagado por todos y se lo dejaba en el lugar convenido. Recuerdo que a uno —un chico muy flaquito que iba a seguir medicina— hasta le prestaron un par de pantalones largos y una corbata oscura.

Los profesores eran seres que muy difícilmente contaban para algo en la vida de esos treinta y seis chicos del último año del bachillerato: había una especie de mutuo desprecio, de desinterés. Ellos decían su clase sin ningún entusiasmo, unas clases fofas, desprovistas de todo vigor, que se alargaban interminablemente aburridas, lentas, todas iguales en su falta de entusiasmo, de pasión. Eran unas clases tristes, sin ninguna alegría: ellos apurados por acabarlas, alejados de nosotros y de nuestros problemas, ocupados solamente en terminar sus programas, en llenar las exigencias que les imponían como si cumplieran una obligación fisiológica, mecánicamente, con el solo

ritmo de las repeticiones y de sus entradas y salidas y sus saludos y sus reconvencciones que recíprocamente sabíamos inocuas, con una flaccidez que se estiraba y se deformaba al infinito en unas variantes que de cualquier manera no suponían algo nuevo, algo nuevo, algo inesperado. Por ahí había un profesor joven que enseñaba psicología y que usaba unos modelos nuevos de trajes y unas corbatas llamativas ¿o eran las camisas? En fin, no recuerdo bien; pero que de cualquier manera tenía por ésas y otras circunstancias como una voz alegre y chillona, el inaudito poder de sacudir aquella cosa uniforme y repetida y desprovista de sentido. Algo tenía su materia llena de una magia especial o de un poder muy sutil que se evidenciaba en los tests y en las pruebas de psicología experimental con las que nos deslumbraba. Se nos aparecía de repente con unos poderes especiales de adivinación y nos sentíamos en sus manos como si hubieran tenido la destreza del prestigitador. Nos dejó alucinados y pensativos cuando nos descubrió la existencia de Freud y de todo su mundo; y nos arrastró en una marea de febriles lecturas en ediciones baratas cortadas por preguntas sin respuesta o de problemas entrevistados como misterios. Y entonces llegó Andrés.

El colectivo se detuvo y León bajó entornando los ojos por el reflejo del sol en la vereda. Sintió que lo tomaban del brazo.

—¿Qué hay?, preguntó sorprendido. Era Juan.

—¿Qué te parece? dijo señalando los grupos de empleados en la calle: estaban charlando en corrillos, apoyados en las paredes, dando vueltas, cruzando de vereda a vereda rápidamente, preguntando para ver si alguno estaba mejor enterado. Uno se le acercó a Juan:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Juan lo miró por encima del hombro, sonriente:

—Hacé correr la voz de que se amontonen junto a la puerta principal. León miraba a Juan, rubio, brillante, con los ojos alegres. Otro tipo se le aproximó:

—Listo, listo, listo, repitió muchas veces Juan sacudiendo la mano para indicarle que se apurara; miró a León en la cara y se sonrió: León pensaba qué ineficaces resultaban en ese momento sus ojos desteñidos.

—Esto marcha, dijo haciendo sonar los dedos, como si dialogara consigo mismo. —Formidable, agregó, mirando en derre-

dor, a la vereda de enfrente, hacia el café donde había más gente apretujada, nerviosa. Subió unos tramos de la escalera del banco y se puso la mano de visera: —For-mi-da-ble, repitió cortando las sílabas, con énfasis. En las ventanas la gente se asomaba curiosa, con asombro. De dos zancadas estuvo al lado de la puerta, se dió vuelta y gritó a León: —Te dejo. Lo saludó con la mano. Tranquilo, le recomendó brevemente.

En las oficinas nadie trabajaba; los empleados estaban charlando de pie junto a las mesas, en el espacio central formado entre las ventanillas de pagos, mirando atentamente, con temor cuando oían entrar a alguien. Resultaba inusitado no escuchar el tableteo de las máquinas de escribir, el chirrido interminable de las calculadoras; el golpeteo de los selladores no se escuchaba; apenas un murmullo apagado: se había sabido que varios estaban presos.

—Me alegro de que lo hayan metido a ése —dijo uno con la mano sobre la boca. —Era un atorrante, repitió cortante, —Era un atorrante.

En un rincón, dos se pusieron a discutir acaloradamente. León veía cómo se les hinchaban las venas del cuello, las venas de la frente y manoteaban en el aire. Otro se les acercó y les puso las manos sobre los hombros. Uno estaba en camisa, con unos tiradores rojos que le ceñían el cuerpo, marcándole unos pechos opulentos de mujer.

—Tranquilos, muchachos —dijo conciliador—; los están mirando de arriba.

El gordo se calló; la camisa le quedó pegada a la espalda cuando el otro hajo la mano. León levantó la vista. En los ventanales del primer piso había varios directores asomados a un costado, corriendo apenas una punta de las cortinas; uno apretaba la nariz contra el vidrio. De pronto la máquina neumática lanzó su silbido de máquina de vapor, característico. breve. Todos miraron el tubo retorcido, amarillo, que sobresalía entre los escritorios como una trompa; un cable cayó sobre la lona del recibidor, pesado, macizo, como una cápsula vacía de obús, y quedó rodando, oscilante, oscuro. Nadie se acercó para retirarlo. En un rincón de la oficina el contador trataba de convencer a varios que se pusieran a trabajar: gesticulaba secándose la frente con un pañuelo, agitado, encorvándose al hablar para dar más energía a sus palabras. Se quedó solo, y puso un gesto desolado, de enorme tristeza, con los brazos lacios al costado del cuerpo y se asentó el

pelo con las manos, los brazos arqueados; se le asomaron los puños de la camisa.

Alguien gritó en la oficina del costado. Hubo un revuelo: algunos corrieron hacia las mamparas de vidrio, otros se subieron a las mesas pisando los papeles, volteando las canastillas, los sellos. Un tintero rodó a los pies de León; salpicó una estrella roja: "Una célula nerviosa", pensó. Uno pidió que se callaran.

—¡Más fuerte! No se oye, gritó con las manos de bocina. Las cortinas de las ventanas del primer piso se corrieron del todo, con un chasquido, y quedaron temblando. El sol se filtraba a través del toldo a rayas blancas y rojas. Una máquina de escribir cayó al suelo haciendo un estrépito enorme; algunos se dieron vuelta.

—¡Compañeros! gritó una voz potente en medio del edificio; la voz pareció salir del primer piso; las cabezas se levantaron.

—¡Compañeros! gritó la voz, más fuerte; salía del medio del ancho corredor; del otro lado de las máquinas del "clearing". León estaba de pie al lado de una mesa; un tipo se subió al escritorio: los pies, los tobillos, los cordones de los zapatos; más arriba se oscurecían las pantorrillas por el pantalón azul, que se reflejaba en el vidrio de la mesa; la cabeza y el pecho apenas se veían; allá abajo levantó el brazo y puso la mano sobre la boca, cortando con una raya negra la claridad de la claraboya que brilló como el fondo de un aljibe.

—¡Dale, Zaid! —gritó la voz sobre la cabeza de León—. ¡Dale, Zaid! — León lo miró: le faltaban los dientes de arriba.

—...eremos al trabajo hasta tanto los compañeros detenidos no sean puestos en libertad... La voz de Juan sonaba potente, llenaba el espacio, como un líquido espeso, y retumbaba en las paredes amarillas, en el techo, en la lona rayada por el sol. León se asomó sobre la mampara. Juan tenía la boca redonda, despeinado, con las piernas abiertas, de pie sobre un banco de mármol. Quería tener un aire decidido, de jefe. Hizo un gesto amplio y señaló al piso de arriba:

—Los señores del directorio —arriba hubo un movimiento confuso— nos piden que empecemos a trabajar y que luego ellos entrevistarán a las autoridades para que los compañeros detenidos sean puestos en libertad...

En el fondo del pasillo unos se pusieron a chistar. "Calma,

muchachos". Los músculos del cuello de Juan se estiraron; la mano le temblaba en una actitud áspera.

—Otro caudillito más, dijo uno que estaba apoyado contra la pared, mientras largaba varias espirales de humo azul, celeste, blanco—. Muchos jefecitos, agregó con un gesto de asco. Todas las cabezas se volvían hacia Juan; eran las mismas caras de siempre en el mismo lugar de todos los días. Las cabezas se alzaban, se estiraban; las cabezas rubias, oscuras, negras, se movían, oscilaban con un mismo balanceo. La luz empalideció un poco, se puso gris, indecisa y el gesto de la gente cambió, se oscureció también. Todos se empinaban como ganado arriado, mientras los peones gritan, los perros toreaan a los costados y el ganado marcha hacia adelante, lento, pisándose, a los empujones, casi a ciegas y sin ver hacia dónde camina.

—En otro gremio esto no pasaba, dijo uno acariciándose la mandíbula. A ése te lo bajan de un ladrillazo. El del costado dijo que sí con la barbilla, asintiendo con energía. "A Juan lo está escuchando un proletariado de cuello duro, un proletariado que tiene pretensiones y que se pone cuello duro como para ir a misa. El abre demasiado la boca como para mirarse la dentadura; pero con todo está bien; resulta efectivo. Y su público tiene miedo de ir al infierno: de perder el puestito, los quince años de labor dura y promisoría; de quemarse en las llamas del infierno, de un infierno que tiene toda las horas del día para pensar en sí mismo y en qué diablos va a hacer con su tiempo que supone que le han regalado. ¡Cuidado!" León se sentía como si mirara todo desde un balcón, muy alto, lejos, oyendo apenas las voces y los ruidos amortiguados y lo que Juan decía: —...necesario que no volvamos a tra... "Pero estoy totalmente metido en la salsa por más que quiera sentirme *au dessus de la mêlée*, estoy en el charco con todos los sapos que va no me van a mirar como si fuera de otro pozo". Juan seguía hablando con la voz enronquecida. Tartamudeó. "Solidaridad, Juan, so-li-da-ri-dad. Sí, me imagino que te tiene que resultar un poco difícil de pronunciar. Es lo que no existe y es lo que yo estoy teóricamente haciendo contigo". Juan se pasó la mano por la cara; extendió los dos brazos en un gesto patético; la voz casi no se le oía; hizo un esfuerzo: —¡¡Afuera!!, gritó. Se le veían las medias arrugadas, caídas sobre los zapatos.

El que estaba sobre la mesa bajó de un salto:

—¡Afuera!, repitió con su encía roja, sin dientes.

Todos los que estaban sobre la mampara bajaron; bajaron

los que se habían subido a las mesas se descolgaron unos que estaban sobre la caja fuerte y empezaron a caminar hacia la puerta de la oficina. "Calma, muchachos", pidió el contador y se quedó a un lado, con la mirada vencida, triste, floja. Por las escaleras la gente corría; uno que bajaba los escalones de tres en tres trastabilló, se desparramó en el piso, con los brazos estirados, las piernas abiertas. Se rió y de un salto se puso de pie sacudiéndose la ropa, sonriente, alegre. Otro le pasó el brazo por el hombro: —¡Afuera todo el mundo! —gritaron los dos con la boca hacia el techo, bien abierta, con un gesto de desafío. Al final se veía la puerta sobre el fondo oscuro del pasillo: un rectángulo blanco, amarillo de sol, recortado sobre la pared negra. "Me hubiera gustado hablarles; lástima que soy tan nuevo. Están desconcertados: quieren hacer algo, pero no saben exactamente qué; cualquiera más o menos decidido los arrastraría a linchar a los directores, subirían las escaleras como ahora las bajan, gritando, empujando, a los codazos, a las patadas, con el único afán de ser los primeros, con las manos preparadas ya. Ellos son una *unidad*, algo compacto, que así como se molestan cuando llego tarde, de la misma manera se indignarían si alguno se quedara adentro cuando todos salgan a la calle. Ahora todavía dudan, no están muy convencidos del todo; necesitan desesperadamente o tener un argumento más valioso que el del compañerismo o perder totalmente la noción de todo; el control sobre ellos mismos, y lanzarse a la carrera sin pensar en nada, totalmente liberados, como si estuvieran desnudos, despojados de todo, sueltos, en el aire; frescos como si se largaran al agua, casi definitivamente. Hasta serían capaces de pegar a un director para después ponerse a llorar de rodillas, jurando por su mujer y por sus hijos, con ganas hasta de besarle los zapatos para hacerse perdonar. Pero ahora no. Se sienten hombres, con responsabilidad; hacen lo que quieren: han determinado no trabajar uno de la enorme serie interminable de días que les *correspondía* hacerlo; un día marcado por el destino para hacer cosas en el banco y no para no hacer cosas en su casa; pero han torcido de una patadita el destino, la fuerza, a Dios mismo, quizá, y son fuertes, casi poderosos".

—Esto está lleno de pesquisas. Mirá la pinta que tiene ése. — Al gordo de los tiradores rojos le temblaron las caderas.

—Se siente el patrón de la vereda. Un tipo de traje marrón se paseaba por delante de la puerta con las manos a la espalda, levantando al caminar las puntas de los zapatos puntiaguados y miraba de reojo. León se sonrió: el pesquisa, el gordo de los tiradores, Juan, los directores del primer piso, todos, él mis-

mo, le resultaron ridículos, muñecos que se movían incomprensiblemente. —A lo mejor se cree que está entre obreros, comentó un rubio con el mismo gesto que hubiera empleado para decir de un pariente pobre: “Ese no tiene dónde caerse muerto”. Usaba un perfume de violetas que entristecía.

La gente se movía lentamente; una larga cola que avanzaba hacia la puerta. Uno saltó del mostrador: cayó con las rodillas dobladas y miró hacia todos lados. Por los costados y en las puntas se movían rápidamente, dando unos pasos cortitos, muy breves, y se desplazaban como limaduras de hierro atraídas por un imán, desviándose, apurándose de repente sin ningún motivo, buscando un claro para meterse y tratar de avanzar. “Quieren diferenciarse y hasta tirarían una pedrada con unas ganas terribles, pero ¿cómo van a hacer eso si se sienten bien educados, si son personas de buena familia, si son finos, correctos?”

Juan había dejado de hablar, con los brazos caídos al costado del cuerpo. Uno se acercó al banco donde estaba subido y le habló; él bajó la cabeza, dobló el cuerpo y apoyó la mano en la cintura. De vez en cuando levantaba la vista, miraba hacia donde el otro señalaba y asentía con la cabeza. De pronto bajó de un salto; los pelos le temblaron sobre la frente; se quedó indeciso al ver a dos policías de civil que se le acercaban con los brazos levantados, abriendo mucho las piernas, dando saltitos que a León se le antojaron muy ridículos. Parecían dos peones que hubieran querido atajar a un caballo brioso, y miraban hacia el costado para ver si el otro estaba cerca, para sentirse acompañados, aleteando con las manos. “Lo van a agarrar”, pensó León.

—Así me gusta, dijeron a sus espaldas.— Ese tipo es un vivo que tiene nada más que dos años de banco. —¡Ah!, agregó con un rezongo, si tuviera veintidós años como yo, ya vería...

—Usted qué sabe—, gritó León, pero la corriente de gente lo empujó hacia adelante. El otro le hizo un gesto con las manos. Era un viejo. Por un instante se acordó de la última vez que había estado en la casa de Juan, en su charla, en el calor, en la cara de su mujer, en sus gestos penosos, en los esfuerzos que hacía, en su pelo. Era una marejada de hombres con las manos abiertas delante del pecho; por la escalera seguía bajando gente, apurada, a los empellones, mirándose los pies. Eran diez, veinte, treinta, cincuenta, cien hombres que bajaban por la escalera; rubios, morochos, afeitados, con bigote; uno, dos, tres, cinco pelados; uno con una corbata amarilla y roja.

León distinguió a Andrés, que lo saludó con la mano, sonriente, y levantó los hombros con un gesto de cómica extrañeza. Después vió la punta de su cabeza con unos pocos pelos, hundida en la multitud. Los empleados arrastraban los pies, haciendo un chirrido particular, monótono, estirado, lento. "Parece que estuvieran por jugar al té, chocolate, café", pensó León. Delante de él caminaba uno con la camisa celeste. León le miró fijamente un loboanillo que tenía detrás de la oreja; el cuello cubierto de pocitos de viruela, y le entraron ganas de verle la cara. Le golpeó la espalda: "No; no era como me lo había figurado", pensó, y dijo en voz alta:

—Perdón, compañero; creí que era un amigo. El otro lo miró con asombro, pero se sonrió:

—No es nada, dijo.

Se iban acercando a la puerta; tenían que entornar los ojos; León sintió que lo pisaban y endureció el pie. La expectativa se iba diluyendo como una mancha de aceite, como si se derriera muy lentamente.

—No empujen, señores; no empujen, señores.

La muchedumbre se anegaba en la gran mancha de aceite; se iba dejando aflojar, con modorra, dejándose invadir por una placidez dulzona.

—¡Qué lindo solcito hay en la calle!, dijo uno con una voz estridente.

Afuera volvían a ser hombres enteros, sin retaceos; constituían una categoría perfectamente clara, evidente: eran huelguistas; habían tomado una decisión; casi responsables de lo que habían hecho.

—Vos, ¿dónde vas?

—No sé...

—Vamos al café a ver qué se dice.

—¿Y si no hay nadie?

—Jugamos un ratito al billar.

—¿Al billar?

—Qué, ¿no te gusta?

—No.

—A los dados entonces.

—Bueno, si es así...

La calle San Martín brillaba al sol de esa mañana, casi al mediodía, llena de hombres que se movían, que iban de un lado para otro, como alucinados, más ligeros que de costumbre, que no sabían qué hacer con su tiempo, pero que se sentían contentos de no tener que trabajar, con una alegría ingenua de primera comunión, inexplicable, casi tonta. Y no conocían la calle en ese día de semana; la ciudad, la vereda, los tranvías, el ruido no formaba un paisaje *para ellos*, no lo sentían *de ellos*. La calle San Martín estaba detenida: los tranvías, una larga fila de coches, los pasajeros asomados, las bocinas.

Alguien gritó. Dos vigilantes se dieron vuelta con la mano en la cintura; miraban a todos los lados; elegían a uno cualquiera.

—¡Ése!

No sabían quién había gritado. El que se sintió señalado se quedó solo, en medio del claro que le hicieron automáticamente, como respondiendo a una consigna oscura. Unas mujeres revolotearon en la escalera como gallinas. Fué un círculo veloz en el centro del gentío.

—¡Ése! ¡Ése!

Asombrado de que le pegaran no se movía; con los brazos flojos; los palazos parecían rebotar, lentos, como si fueran meditados; él tenía un gesto reposado. “Vos estudias *filosofías* y letras”, le había dicho una vez. Cagliero ¿no? Se llama Cagliero; y no es que quiera hacer como si no recordara su nombre; pero lo que pasa es que todo el mundo le dice “tano”: tano de aquí, tano de allí. “Está con ganas de hacerse el vivo”, había pensado León cuando le preguntó qué era la nada. —Vos, viejo. —Te pusieron la tapa ¿eh, Cagliero—?, había comentado uno del grupo. Recién levantó los brazos para cubrirse cuando sintió la sangre en la cara; un hilito tibio que le iba zigzagueando por la frente, engordando en una gota sobre la ceja izquierda y que le entró en los ojos.

Los policías parecían gozar, con los dientes apretados, atentamente concentrados en su faena. Se cayó. Alrededor miraban; lo miraban: uno de los vigilantes le dió una patada; otra patada, blandas. El otro puso una cara de miedo, las mejillas casi blancas.

—Basta, che, dijo el que tenía un gesto de cansado. —Ahora, ordenó, vos te levantás.

Cagliero estaba en medio de la calle, caído, cruzado entre

las vías, al sol, cubierto a medias por los dos policías que no sabían qué hacer y miraban para ver si venía algún oficial, con los brazos delante del cuerpo como para detener a la multitud. El más moreno señaló con su varita:

—Se está mandando la parte éste, y lo empujó con el pie.

El cuerpo se zangoloteó como la cabeza de un animal degollado.

León estaba parado en la vereda. De la puerta del banco seguía saliendo gente, ignorante de lo que pasaba en la calle y que no podía avanzar por los que miraban desde la escalera, silenciosos, casi respetuosos.

—¡Basta, animal!

El padre de León siempre decía que le había enseñado a que fuera muy macho. —En este país se está perdiendo el culto al coraje; pero no hay que olvidar que el ámbito del valor personal es lo instantáneo, lo totalmente inesperado, por lo tanto es muy distinto de la batalla o del duelo —afirmaba con autoridad, con calma, sereno— y el hombre guapo es el que se acomoda inmediatamente a cualquier situación que se le plantee.

León sintió la necesidad ineludible de probarse, de comprobar si titubeaba ante lo inesperado e hizo un esfuerzo, agudo, doloroso, y gritó. Se impuso esa provocación.

El ronquido de una motocicleta derrumbó el silencio; las botas negras de un oficial brillaron deslumbrantes. Se acercó a León acompañado de otro de civil, y lo tomó del brazo. León se puso rígido.

—A éste me lo llevan también — oyó que ordenaba terminante.

—¡Los cuadamvarios! ¡Los cuadamvarios: ya doblaron la esquina de Corrientes! Un chico con las orejas muy separadas, casi transparentes, entró al billar dando un portazo y se quedó con los ojos muy abiertos al lado del mostrador. —¡Por allí: ya vienen! dijo con la voz entrecortada, y salió con su cabeza rapada por la puerta del fondo.

Uno que estaba apoyado en un taco de billar, tomó la tiza azul y la apoyó en la punta, refregando despacio, mirando de vez en cuando los bordes. El polvito le caía sobre la mano, sobre los dedos. Los sopló. A través de la vidriera los vió acercarse: eran dos, uno viejo y el otro muy joven, casi un chico. Miró el reloj: eran las nueve y 27; las nueve y 27 del 25 de Mayo: había sido un día de fiesta. Cuando entraron vió que el sastre Godard

con la espalda encorvada se levantaba despacio de los asientos de cine que rodeaban la mesa del billar. Golpeó apenas el asiento de madera; los dos cuadumvarios se detuvieron: el más viejo era canoso, con las cejas oscuras, tenía un revólver negro en la mano. "Ese chico no es mucho mayor que el mío: tendrá quince años más o menos", pensó el del taco mientras dejaba la tiza en el borde de la mesa. El chico muy peinado, llevaba un correaje oscuro sobre el traje de civil; estaba satisfecho con su pistola ametralladora. Esperaba para ver qué hacía el otro.

El del revólver miró en derredor:

—A ver voz, dijo señalándolo a Godard.

La barba amarillenta del sastre temblaba, pero se acercó con asombro, casi con orgullo. "Ése tampoco tiene miedo —pensaba el del taco— como yo, no tuvo tiempo de sentir miedo; hay que tener tiempo de pensar que se tiene miedo; solamente no sabe qué hacer; quizá hasta piense en los hijos".

El canoso miró de abajo a arriba al jovencito. El del taco advirtió que llevaba unos zapatos blancos y negros de playa, muy nuevos. Quizá su orgullo provenía de eso y no de la pistola.

—Che, judío: cerrále la bragueta al compañero, ordenó señalando con la mano extendida. Los ojos le brillaban de alegría; el chico lo miró como si no comprendiera. El del taco se alegró de que la cosa fuera *esa* y no pasara de all. Godard miró en los ojos al chico, bajó las manos y se las puso sobre el pantalón. El muchachito se sonrojó, las mejillas pálidas; hizo un gesto encogiendo los hombros y miró hacia el mostrador como si fuera la mamá la que lo estuviera haciendo hacer pis en la vereda. De pronto se rió con una risa nerviosa, juguetona.

—Dejá, Moisés, dijo dándole una manotazo en los brazos a Godard—, me estás haciendo cosquillas. Se le oscurecieron las manchas de la cara.

Godard se irguió con una enorme dignidad; el del taco se sintió orgulloso:

—No me llamo Moisés, dijo el viejo, mi nombre es Israel, aclaró mientras retrocedía hasta el mostrador. El dueño del local se rascó el brazo desnudo; lo miraba con asombro.

—Está bien, viejo, dijo el mayor de los dos, está bien... mostraba los dientes, despreciativo.

La cortina que tapaba la entrada de los reservados se hinchó redonda, como si fuera el viento. "Ojalá no pase nada", pensó el del taco. El del revólver apuntó:

—¿Quién está ahí? dijo sintiéndose feroz, apretando los dientes.

El jovencito sólo vió el gesto del compañero que apuntaba con el revólver y dirigió su arma sobre la mesa. Las balas salieron con un carraspeo lento, metálico, atronador; corrían por debajo del paño verde como inverosímiles gusanos, como chicos jugando debajo de una alfombra. La descarga fué muy breve; el viejo Godard se apretó asustado contra el mostrador; el dueño del café se asomó empinándose sobre la registradora. La cortina dió un revuelo y apenas se vió la chaquetilla blanca del mozo que caminaba de espaldas, con la bandeja cargada de vasos de cerveza. Se enredó en las borlas marrones del borde y las copas se cayeron, estallando en el piso; la cerveza corrió como una gran meada de caballo, amarilla, y blanca en los bordes, espumosa, fresca. El mozo se quedó con la boca abierta.

—Pero muchachos, se atrevió a decir el del taco, sonriéndose, miren que...

El del revólver no lo dejó terminar; un ¡pac! seco, absurdo, se sumó al eco de la ráfaga de la pistola ametralladora y al ruido de vidrios rotos que todavía resonaba en el fondo del local, rebotando en las paredes con el tintineo de las botellas rojas, azules, verdes del mostrador; en las vigas del techo cubiertas de moscas, casi negras; los jamones del vigón del fondo se balancearon.

—Pero si no era para tan...

Se apoyó firmemente en el taco, como si fuera a levantarse, a caminar mucho, rígido, como si todavía no hubiera encontrado el lugar del cuerpo que le dolía. Bajó la cabeza y volvió a distinguir los zapatos de playa del jovencito asombrado; el hilito que salía por la boca del cañón; frunció la nariz con el olor acre, con el dolor, con la rabia, con las ganas de llorar. El taco se quebró; trastabilló y se agarró del marcador; las bolillas empezaron a girar, a girar; los tacos de billar se cayeron de la repisa formando un lento abanico, con la regularidad de unos gimnastas. Se agarró fuerte del taxi verde como de los hombros de una persona, frunciendo los labios y se cayó. La tapa de la máquina se abrió y las bolas, blanca, roja y blanca rodaron, rebotando sobre el cuerpo estirado, indiferente, y giraron por el suelo. La tarifa del aparato se puso en movimiento, suelta, enloquecida: 1,05; 1,10; 1,15; 1,20. Una bola blanca se detuvo al llegar a la espuma de la cerveza y ahí se quedó girando, girando. Blanca, giraba rápidamente, formando un círculo difuso alrededor la tapa de la rueda. León se hizo a un costado; las

gotas de un charco lo salpicaron. "Casi me agarra el animal ése", pensó. Hubiera dicho que era su destino; incluso ahora le parecía que había tenido ganas de que ocurriera así; resultaría —al fin de cuentas— una experiencia más. No; no era vergüenza lo que sentía ni tampoco orgullo. "No soy un ladrón de carteras; pero tampoco un héroe; solamente un huelguista de un gremio flojo; sin embargo espero que la gente —que se paraba a mirarlo— se dé cuenta de que soy un bancario. ¿Y si saliera corriendo? Este tipo no me va a tirar un tiro, lo que sería una broma, y si me corre es muy difícil que me alcance; pero no puedo, no puedo: no tengo ganas de correr. Es notable cómo cambia la importancia de estos tipos: el de anoche con sus problemitas me resultaba un conejito; éste es el dueño de mi futuro, porque si se le diera la gana me soltaría al llegar a la primera esquina." León iba caminando por la calle San Martín; el policía marchaba un poco más atrás como desentendiéndose del asunto, respetuoso. "Debe ser cordobés y le ha de importar un pito mi situación; ha de estar pensando en que son las doce y media y que todavía no ha comido; que es lo que estoy pensando yo. Bueno, pero yo tengo acidez". *Bar Helvética*: León se acordó de Andrés; pensó que faltaba una cuadra y media hasta la comisaría y tres y media hasta la facultad. "Qué divertido sería pasar por delante de la puerta a la salida de un examen. Van a decir:" —¿Sabés que León cayó preso?" y se lo contarán a otro menos amigo mío y que casi no me conoce: "—¿Sabés que León...?" y después a otro: "—¿Te enteraste que Saa...?" y otro y otro más hasta que por último uno diga: "—¿Se enteraron que un tipo cayó preso en la huelga?" y a lo mejor hay alguno que en este mismo instante me está mirando y pregunte: "—¿Un tipo de cara redonda, morocho?" Esto es como ponerse en el medio de dos espejos: éste me refleja aquí y aquél en éste; aquél en éste y éste en aquél; éste en aquél y aquél en este y así..." Calle Lavalle: el vigilante de la puerta dió un manotazo y se llevó la mano a la visera:

—Buenas...

El que acompañaba a León titubeó, tartamudeó un poco; se chupeteó los labios:

—¿El oficial de guardia? preguntó mirando al costado. La nariz gorda con puntos negros quedó recortada sobre la puerta blanca.

El otro contestó con otra pregunta:

—¿Este es de la huelga?, dijo mirando a León, que puso un gesto de desafío, pero prefirió desinflarse y miró el suelo.—

Pasen adentro, ahí ¿ve?, dijo señalando.— Bueno, ahí es la oficina de guardia.

León le miró la chapa al que lo había acompañado y se dió cuenta de que no era de esa seccional. Entraron por un pasillo largo: al fondo había una puerta iluminada; brillaban los azulejos blancos. El vigilante lo agarró del brazo y empezaron a caminar. Se acercaban a la puerta del fondo. Había un cajón cubierto con una tela negra hasta el suelo; unas inscripciones hebreas en la cabecera. La pieza estaba amarilla, silenciosa, solamente se oía el moscardoneo que hacía el *jazan* al cantar en voz muy baja, con un tono empalagoso, triste; de vez en cuando se pasaba la mano por debajo de la severa barba talmúdica y se la levantaba un poco, como para escardársela. Transpiraba y se recogía la punta de su largo gabán. Sobaba lentamente las hojas oscurecidas de su himnario y leía con parsimonia: se distraía mirando por encima de sus lentes empañados para ver si entraba alguien en la habitación. En un rincón estaba un hombre con su traje negro, su sombrero negro, lustroso, raído en el borde.

Otro hombre entró apretándose su gorra peluda en la cabeza; con unos labios gruesos, unos ojos muy tristes, inexpressivos, celestes, casi blancos. Se acercó al de negro y le dió la mano y la tuvo un rato apretada, blandamente.

—*Hir solt mer fun cain tzer nicht visn* (Que no sepáis más de pena) le susurró al oído. El otro le puso las manos en los hombros y movió la cabeza como si tuviera algo roto por dentro: como si sintiera el ruido de lo que se le había soltado; con los ojos perdidos.

—¿Así que murió Mauricio Zaid?, dijo el de la gorra mirando hacia el cajón, con las manos detrás de la espalda.

—Sí —dijo el de negro—, murió Mauricio Zaid.

—Lo mataron ¿no?

—Sí; lo mataron.

—¡Pobre Mauricio Zaid!

—¡Pobre Mauricio Zaid!

El cantor meneaba la cabeza; se pasó la lengua por los labios: *Eil molei rajamin* (Dios lleno de misericordia), leyó despacito.